

Mis días escolares

VII

POSDATA AL EPILOGO

Mientras me preparo para sufrir una operación Oftalmológica, con pretexto de corregir la numeración de estos artículos, que en el anterior apareció equivocadamente con el número VII, y teniendo la mente vacía (como de costumbre dirían mis detractores, si fuera lo bastante importante para tenerlos), me acojo al cómodo recurso de las reminiscencias, con que he estado ofendiendo al lector. Pero veo que habían quedado por fuera algunos apuntes pertinentes, y procedo a reparar esas lagunas.

Creo que fue en el memorable año de 1909 que se inició en las escuelas y entre el público en general una campaña de higienización, patrocinada, si no estoy equivocado, por la Institución Rockefeller. Esta Institución había estado ayudando a combatir diversas pestes y ciertas enfermedades endémicas de los trópicos, incluso la tuberculosis, el paludismo, etc. Se descubrió por entonces que había una enfermedad que más que ninguna otra, minaba la salud de los habitantes. Se le apellidó "cansancio". Seguramente por la fatiga constante y anemia que provoca esa afección. Se le conocía más comúnmente con el nombre de **ankilostomiasis**, o como se escribía el término por influencia del inglés, **ankilostomiasis**, que tiene muchos sinónimos, el más común, uncinariasis. El agente causativo de esa enfermedad, descubierto en Egipto, fue identificado y estudiado por primera vez en Costa Rica por los Dres. Carlos Durán y Gerardo Jiménez Núñez. Antes se había creído que la enfermedad era una especie de anemia provocada por deficiencia de hierro. Tan convencidos estaban enton-



Cristián Rodríguez

ces los médicos de que tal era la causa, que se introdujo un aforo preferencial en el arancel en favor de los compuestos de hierro, lo que sirvió, según decían los chuscos, para importar con ventajas en los derechos, toda clase de artículos de hierro: ejes de carreta, mazas de trapiche, tornillos, etc.

Los folletos que circulaban profusamente contenían extensa información sobre el **causancio** y el modo de precaverse de ese mal. El público no entendía naturalmente los datos del folleto ni sabía qué cosa era un nemátodo, pero entendía que las larvas podían introducirse en el organismo por la piel o por la boca, y que por lo tanto no debían comerse las frutas que caían al suelo y estaban algún tiempo en contacto con éste. Las primeras frutas víctimas de esta advertencia fueron los nances (**nancites**) que sanos, enteros y apetitosos caían al suelo por efecto del viento. La publicidad que se dio entonces a esa enfermedad produjo seria alarma, que contribuyó sin duda a combatir el mal, junto con otras medidas higiénicas.

A la vez se intensificó la campaña emprendida contra la tuberculosis y las escuelas y lugares públicos estaban llenos de rótulos vistosos que decían: "La tuberculosis se propaga por medio del esputo". Se explicó a la vez lo que era el esputo, que resultó ser lo que el vulgo llamaba "escupite" y durante algunos

meses se pusieron de moda las escupideras, hasta que alguien descubrió que eran fuente de contaminación peor aún, que la mala costumbre de salivar en el suelo.

Otro acontecimiento digno de recordar en ese año fue la visita que hizo a la provincia una comisión examinadora enviada por el Ministerio de Instrucción Pública. Esa comisión venía a examinar a los maestros que no tenían títulos profesionales y concedía dos clases de certificados de idoneidad: el Elemental y el Superior, que casi equiparaba a los agraciados con los que tenían el título de Normalista; y era por lo tanto el más codiciado, pues permitía a los maestros ganar el astronómico sueldo de hasta ₡ 50.00 al mes. Con esa añagaza era de suponer que el número de maestros y maestras que aspiraban a ese galardón, era muy alto.

Mi padrino, don Manuel Chamorro Bolandi que era entonces inspector de escuela de no sé qué circuito, hizo el viaje a Ballena con el fin de encontrar a los miembros de la comisión y agasjarlos. El hijo mayor de mi padrino, Bernardo, fallecido muchos años después, era menor que yo, pero me llevaba la ventaja de ser mejor jinete (lo que no era decir mucho, pues yo apenas me sostenía a horcajadas en una bestia siempre que fuera sumamente mansa). Bernardo me invitó a ir a topar la comitiva en el Paso de la O, en el Tempisque. Salimos los dos a caballo muy temprano. Pasamos el Llano Grande donde en las escaldas arboledas que interrumpían esa gran extensión en la que crecían únicamente el chan y alguno que otro peñemico fuimos efusivamente saludados por los congos (monos aulladores). Continuamos la caminata; llegamos a Las Meonas, unas grandes piedras, que supongo yacen todavía en el mismo sitio, aun-

(Pasa a la Pág. 16)

Mis días escolares. VII

(Viene de la Pág. 15)

que los pasajeros que viajan en automóvil no creo que reparen en ellas. Proseguimos la marcha, vadeamos el Tempisque, desafiando el peligro, y llegamos a El Paso del Tempisque, y todavía nada de comitiva. Decidimos jugarnos el todo por el todo y seguir hasta Filadelfia donde en caso necesario podríamos pasar la noche si no encontrábamos antes la comitiva. En efecto, antes de llegar a Filadelfia encontramos a los visitantes. El grupo estaba formado por don Justo A. Facio, don Fidel Tristán Fernández, don Lauro M. Leal, guanacasteco, mi padrino Chamorro y algún otro funcionario del Ministerio. Don Justo tenía la misma barba y bigote característicos del distinguido educa-

dor, pero aún conservaba negro el pelo de la barba. Don Fidel tampoco variaba mucho de su distinguido aspecto familiar, pero no tenía entonces una sola cana. Olvidaba decir que en la comitiva figuraba un entomólogo alemán, el doctor Bade, que venía a realizar estudios sobre el terreno. Del incidente que ahora relataré en forma muy resumida, escribí por extenso en "Repertorio Americano" a raíz del fallecimiento de mi muy recordado y querido amigo don Justo. Es lo cierto que en Llano Grande llamó la atención del científico, unos enormes nidos negros de comején llamados allá **atarra-**nes, que, cuando los abandonan los termes, proporcionan excelentes nidos a los pericos. El entomólogo, recordando que sólo en

el Africa había visto nidos tan grandes, descendió de su cabalgadura, y apertrechado de un cajón de pino que llevaba en su equipaje, cortó un buen trozo del atarrán y lo colocó, lleno de los himenópteros, tomando como única precaución la de hacerle al cajón un agujero para que respiraran los insectos. El resto del viaje no tardó ni dos horas.

Al día siguiente se supo la noticia en Liberia del chasco y asombro del alemán que con gran desilusión entomológica no encontró en el cajón ni un solo insecto. Los termes habían hecho del cajón de pino un pascón. Los liberianos no suelen dedicarse a la entomología pero a ninguno de ellos se le podía haber currido encerrar el comején en una caja de madera.